

D. JOSE ORTEGA Y GASSET

LA reciente pérdida de esta figura de las letras nacionales, de este pensador español que era, indudablemente, una de las personalidades europeas, y aun universales, de más talla intelectual, de más prestigio e influencia en el mundo de hoy, trae a las páginas de MONTEAGUDO la expresión de nuestro recuerdo y de nuestra admiración.

Se ha dicho tantas veces que sin Ortega la prosa castellana actual no sería como es, que parece ocioso y hasta machacón repetirlo una vez más. Y, sin embargo, es tan exacto esto, y resulta el hecho de una trascendencia tal, que se hace casi imposible evitar el recordarlo, porque todo un género, de próxima y brillante tradición hispánica, como es el ensayo, cobró pleno sentido, exigencia universitaria, tono universal, elegancia y hondura, en manos de Ortega. En él, este género, el ensayo, no fué fácil escapada a lo periodístico o sucedáneo cómodo de un saber a medias, o un no querer comprometerse en la obra de empeño. El ensayo orteguiano—hoy se ve con toda justeza—fué, ante todo, la expresión de una inteligencia y una sensibilidad excepcionales, que supieron crear algo más que una obra u obras decisivas. Todo un muy variado repertorio de actitudes de los intelectuales posteriores a Ortega—que pueden diferir ideológicamente pero que coinciden en la nueva óptica, en la manera de encarar los hechos y de expresarlos—tiene su raíz en ese decisivo sesgo que el autor de *La rebelión de las masas* dió a las tareas intelectuales españolas, al hacerlas perder lastre provinciano, al ensanchar horizontes, captar matices, conjugar flexible europeísmo con castiza gracia española, buscar nuevas fórmulas expresivas, más bellas y más precisas a la vez.

Y, sobre todo—rasgo muy español—, no excluir la metáfora. De ser utilizada ésta, casi con exclusividad, en la estricta literatura de imaginación, Ortega la hace saltar al campo de las más rigurosas especulaciones filosóficas, no por fácil ornato o en busca del acorde efectista, sino animado por un afán de precisión, de claridad. De ahí la plasticidad del lenguaje orteguiano, hecho todo él de lucidez mental, de nervio, de gracia, y de impar belleza y elegancia.



Esta renovación del lenguaje ensayístico sólo es uno de los muchos dones intelectuales que las generaciones posteriores deben al gran escritor recientemente fallecido.

Que Dios haya otorgado su eterno descanso a D. José Ortega y Gasset

